

¿Hacia dónde vamos?

Con frecuencia decimos que somos un proceso auto-organizativo no estructurado, donde la organización tiende a darse por sí sola en cuanto vamos siendo fieles a nuestra historia y a nuestro propósito. No obstante, nuestra formación cultural dificulta que se den entre nosotros procesos auto-organizativos como los que se evidencian de manera tan natural y espontánea en la dinámica milenaria de creación de vida en nuestro planeta.

Pareciera que nuestro encuentro con la auto-organización se va dando cuando vamos desdibujando el condicionamiento de nuestra formación cultural, en cuanto vamos trascendiendo esas emociones que nos llevan a constituir relaciones fragmentadas, de poder “sobre” y de apropiación y/o acumulación individualista; en otras palabras, cuando vamos profundizando un proceso transformador a través del cual nos vamos encontrando con el otro, la otra y lo otro como legítimo otro(a) en convivencia con uno.

Allí va emergiendo una práctica de participación directa, sin intermediación, a la par que vamos asumiendo iniciativas y decisiones individuales en el marco de criterios colectivos flexibles, asumiendo la responsabilidad de nuestro hacer.

Allí vamos potenciando nuestra individualidad, trascendiendo el individualismo, ya que vamos encontrando nuestra realización personal en la convivencia, ampliando el ámbito del “nosotros”.

En cuanto vamos viviendo la auto-organización en el respeto al otro, la otra y a lo otro, en relaciones de confianza y cooperación, vamos internalizando la dinámica milenaria de creación de vida en nuestro planeta, por lo cual nuestro comportamiento va entrando en sintonía con ese proceso. De esta manera se nos va abriendo la posibilidad de ir trascendiendo ese comportamiento ambientalista que se circunscribe a la imperiosa necesidad utilitaria de conservar una naturaleza que se encuentra al servicio de los seres humanos. Se nos presenta, así, la posibilidad de ir siendo intrínsecamente ecológicos en cuanto la naturaleza va dejando de ser algo fragmentado, aparte de nosotros(as), y vamos siendo todos y todas naturaleza.

Quizás simplemente nos estamos encontrando con una opción de vida. Una opción que nos lleva a ir trascendiendo esas relaciones de poder “sobre” que forman parte de nuestro acervo cultural. En coherencia, una opción que no contempla la toma del poder como una alternativa para cambiar el mundo. Una opción de vida abierta a todos y todas los que deseamos intentar vivir, aquí, ahora y junto con el otro, la otra y lo otro, el mundo que queremos.

El componente político de nuestro compromiso social:

¿Nos encontramos encerrados en una tacita de oro sin importarnos cómo nuestra civilización destruye la posibilidad de vida en el planeta?

De encerrarnos en nosotros mismos, nuestra experiencia se reduciría a un grupo de amigos y amigas que la pasan bien mientras el mundo se cae a pedazos. Seríamos como una secta centrada en sí misma, sin un compromiso social. Pero de existir un compromiso social estaríamos de una u otra manera en el campo de la política. Por supuesto, no en el de la política partidista o en el de la lucha por el poder, ni tampoco en el de la búsqueda de soluciones desde el poder.

El componente político de nuestro esfuerzo, así como la esencia de nuestro compromiso social, se encuentra en cuanto vamos profundizando un proceso de transformación cultural que busca conectarse con el otro, la otra y lo otro en relaciones dignas, caracterizadas por la transparencia, la responsabilidad y el respeto. Se trata de ir permanentemente desdibujando nuestras fronteras, irradiando el ámbito del nosotros sin ponernos límites, abriendo la posibilidad de conectarnos con todo lo que es vida en nuestro universo.

Aunque respetamos y valorizamos las luchas reivindicativas que se realizan por construir un mundo mejor, no hacemos énfasis en ellas porque se hace muy difícil hacer las dos cosas a la vez. Las luchas reivindicativas, al plantearse en el terreno del enfrentamiento, tienden a atraparnos en las emociones y la lógica del poder, en esos deseos y ambiciones por tener y acumular poder y/o bienes materiales, así como en la lógica de la competencia, la separación y la jerarquía de dominación. Y son precisamente estas emociones y esta lógica las que se encuentran detrás de la destrucción de nuestro planeta, constituyéndose ellas, justamente, en lo que es menester transformar. En nuestra experiencia cooperativa del transporte urbano vivenciamos las dificultades que se presentan cuando intentamos generar un proceso transformador estando inmersos en una lucha reivindicativa.

Por lo tanto, intentamos, más bien, de enfocar nuestro compromiso social en ir descubriendo maneras de relacionarnos en el respeto y no en la competencia, apostando a contribuir al amanecer de una nueva civilización. Y para poder contribuir en algo a la problemática planetaria es menester estar abierto a conectarnos con todo lo que nos rodea, lo cual implica el ir ensanchando el círculo del "nosotros", derrumbando las fronteras que se crean a través de separaciones artificiales fomentadas a través del proceso de socialización. Lo político de nuestro compromiso social radica en un proceso de transformación cultural que nos trascienda.

Por ello, cobra importancia que mantengamos una invitación permanente hacia las personas que se quieran o se puedan incorporar, constituyendo una organización abierta a cualquier ente que desee aportar, desarrollando reuniones donde se acoge a todo el que quiera participar, compartiendo nuestro proceso transformador al ir construyendo con el otro y la otra relaciones de transparencia, responsabilidad y respeto.

Esto implica, además, que, cuando seleccionemos las actividades a desarrollar, le demos prioridad a aquellas que potencien el encuentro en un accionar comunitario y que estemos pendientes en ellas de los más mínimos detalles que crean separación y que provienen de nuestro proceso de socialización. Por ejemplo, el uso de uniformes; el apropiarnos de privilegios en los servicios que nos prestamos como comunidad; el separarnos entre productores y consumidores o entre creadores de un servicio y clientes o pacientes. Además, es menester hacernos consciente de nuestro lenguaje corporal y verbal el cual, al estar condicionado por nuestra cultura, abunda en poses, frases y palabras que separan.

Hagamos esfuerzos porque nuestros intentos por generar un proceso de transformación personal y organizacional se encuentren a disposición de todos y todas y que estemos impregnados por la voluntad de enriquecerlo en el intercambio. Que no hayan secretos. Que profundicemos en constituir una organización abierta y transparente, haciendo hincapié por que el círculo del “nosotros” esté en permanente evolución. Allí se encuentra el componente político de nuestro compromiso social.

El mismo musiú con diferente cachimbo:

Generalmente tendemos a ver al capitalismo como algo aparte de nosotros, ya sea como una cosa: “el sistema capitalista” o personificado en “los capitalistas”, en los dueños de los medios de producción. Desde ambas perspectivas, ya sea que concibamos el capitalismo como sistema o personificado, establecemos una relación terciaria. Hablamos en tercera persona como si nosotros no tuviéramos nada que ver, ya que nos consideramos en una posición supuestamente no contaminada. Es más, en algunos casos, ya por el hecho de tener un discurso anticapitalista nos decretamos impolutos, el propio hombre nuevo o mujer nueva.

Sin embargo, desde otra perspectiva, podríamos preguntarnos si las personas que hemos sido formadas en las maneras de relacionarse que propicia nuestra cultura no tendríamos el capitalismo por dentro. La explotación no es

solo un hecho meramente económico sino que forma parte de una relación utilitaria que limita y condiciona la expresión de la potencialidad del ser, que restringe el desarrollo de nuestras capacidades creativas, afectivas, intelectuales, espirituales, de toma de decisiones y de asumir iniciativas.

A menudo, no nos damos cuenta que el capitalismo no es solo algo externo a nosotros ya que en, el fondo, una economía capitalista se sustenta en una manera de relacionarse en el accionar cotidiano que se nutre y al mismo tiempo refuerza emociones que vamos aprendiendo desde nuestra niñez. (1) Desde pequeños vamos internalizando deseos y aspiraciones de dominación, competencia, de apropiación y/o acumulación individualista, así como una inclinación a fragmentar las relaciones y el conocimiento; todas éstas, emociones íntimamente interrelacionadas que tienden a estar presente simultáneamente. (2) Por lo tanto, se nos hace muy difícil no replicar, en el quehacer diario, un accionar capitalista.

(1) En el libro de Cecosesola "Construyendo aquí y ahora el mundo que queremos" se presentan gráficamente varios ejemplos de cómo, en diferentes ambientes culturales, se retroalimentan mutuamente y en forma circular nuestras emociones con nuestro accionar.

(2) La costumbre de la piñata en los cumpleaños es quizás uno de los ejemplos más gráficos de cómo las características de nuestro comportamiento adulto puede ser influenciado por una vivencia de nuestra infancia que estimula emociones hacia la competencia, la lucha por el poder, la apropiación y la fragmentación de las relaciones. Es más, cuando la madre, el padre y hasta la abuela se meten en el ruedo entre las demás criaturas en una competencia desleal para beneficiar a su niño o niña, se está transmitiendo que para apropiarse de algo vale todo, estimulando un total irrespeto al otro.

Visto desde esta perspectiva el poder no sería algo que, estando fuera de nosotros nos contamina, sino que, más bien, las emociones que lo sustentan se encuentran presentes en nuestro ser, formando parte de nuestra intimidad, emergiendo ante cualquier estímulo proveniente del mundo donde nos desenvolvemos. Pareciera que la casa del poder se encuentra en el ámbito de nuestra propia cultura, en el marco de la sociedad en que hemos sido creados, por lo cual todos estamos de una manera u otra contaminados.

Es bastante común la aspiración por obtener los recursos económicos que permitan adquirir los medios de producción que, a su vez, faciliten constituir una relación de explotación y, así, pasar de explotado a explotador, dos caras de una misma moneda, dos facetas de una misma relación.

Sin embargo, no hace falta que estén en juego los medios de producción para que se constituyan unas relaciones donde nos tratamos como objetos a ser utilizados. A menudo cuando existe una relación de liderazgo donde unos ejercemos poder sobre otros, estamos ante una relación semejante a la que se da entre el patrono y el obrero. Al convertirse el otro en un medio y no en un fin en sí mismo, el desarrollo pleno del ser, tanto del líder como del seguidor, se encuentra aprisionado en una relación utilitaria.

Quizás debido a ello se hace tan difícil construir alternativas al capitalismo desde el poder del Estado. La misma relación de dominación constituye una contradicción con el propósito de generar un proceso transformador. Por lo tanto, no es de extrañar que los intentos por trascender el capitalismo desde el poder tiendan a reproducir las mismas relaciones capitalistas con otro ropaje: “el mismo musiú con diferente cachimbo”. Esto, por supuesto, es aun más evidente cuando el Estado se apropia de los medios de producción.

Los deseos y aspiraciones de competencia, de apropiación y/ o acumulación individualista, así como la inclinación a fragmentar las relaciones y el conocimiento, que propicia nuestra formación encuentran su realización en las relaciones de dominación presentes en cualquier estructura de poder, entorpeciendo así la construcción de un proceso transformador. Esto ocurre por más que estén estos deseos acompañados por un discurso anticapitalista y/o antiimperialista magistralmente hilvanado. Como plantea Humberto Maturana, lo que sustenta las características de nuestro comportamiento y, por lo tanto, de nuestras maneras de relacionarnos, son nuestras emociones, nuestros deseos y aspiraciones, y no nuestros razonamientos. Más bien estos se confeccionan, muchas veces inconscientemente, partiendo de estas emociones, buscando su realización.

Es más, el mismo hecho de enfrascarnos en una lucha contra el capitalismo nos pudiese atrapar en esa relación de competencia que, justamente, induce y refuerza las emociones que sustentan lo que queremos transformar.

Pareciera, entonces, que un reto, que enfrentamos los que aspiramos a trascender el capitalismo, se encuentra en desarrollar una reflexión que nos lleve a considerarlo como una manera de relacionarse sustentada sobre unos deseos y aspiraciones inducidos culturalmente. Una manera de relacionarse que crea malestar.

Al cuestionar estos deseos y aspiraciones presentes en nosotros mismos, ejercemos nuestra independencia y libertad, propiciando la posibilidad de un proceso de transformación cultural a través del cual nos vamos encontrando con el bienestar, con una convivencia armónica basada en el respeto al otro, la otra y a lo otro, donde todos y todas vamos siendo un fin en sí mismo y no un medio.

Para algunos este camino puede parecer muy largo pero es de recordar que la humanidad lleva siglos intentando el atajo de cambiar el mundo a través del poder con resultados poco alentadores. ¿Por qué no abrirse a la posibilidad de otras alternativas?

Si bien la transformación cultural es un proceso lento cuando se trata de ir abarcando toda una sociedad, a nivel personal puede ser de efecto inmediato, en cuanto tomemos la decisión de cuestionar aquellos deseos y aspiraciones generados en cada uno de nosotros desde nuestra infancia. De igual manera, en cualquier grupo humano dispuesto al cambio personal puede ocurrir un proceso transformador en forma expedita.

Sí realmente deseamos trascender las emociones que sustentan el capitalismo y construir una sociedad de bienestar basada en el respeto al otro y a lo otro, ¿por qué postergarlo?, ¿por qué no intentar vivir aquí y ahora esa sociedad que queremos?, ¿por qué no comenzar por nosotros mismos?

La transformación a través de la reflexión:

El proceso transformador en Cecosesola se sustenta en la creencia de que los seres humanos nos encontramos en unas relaciones de bienestar cuando convivimos en el respeto, la transparencia, la honestidad y la confianza mutua.

Sin embargo, nos ha tocado vivir en una sociedad que nos induce deseos y aspiraciones hacia la acumulación individualista, la fragmentación, la competencia, la lucha por el poder y la dominación de unos por otros y esto, por supuesto, enturbia la posibilidad de una convivencia armónica.

Estos deseos inducidos culturalmente nos llevan a experimentar situaciones de malestar.

Durante los primeros años, en Cecosesola, le dedicamos muchas energías y esfuerzos a una lucha por el poder interno (el control de la directiva) y una lucha reivindicativa ante el poder establecido (el gobierno), sin darnos cuenta de la incoherencia de este accionar con nuestros deseos expresos en esos momentos de generar una amplia participación.

Sin embargo, las frustraciones y angustias vividas en esta experiencia nos abrieron la posibilidad de la reflexión. Nos llevaron a preguntarnos si esos deseos por la acumulación individualista y la competencia, así como esa inclinación a fragmentar, que se encuentran implícitos en una lucha por el poder, eran coherentes con nuestras aspiraciones expresas de ir construyendo una organización participativa sin jerarquía. De esta manera, reflexionando, fuimos tomando consciencia de que, inadvertidamente, en nuestro accionar le hacíamos daño a otros y a nosotros mismos, creando malestar.

Partiendo de estas reflexiones nos hemos ido encontrando progresivamente con relaciones de respeto, transparencia, honestidad y confianza que se van profundizando y compartiendo. Así, se ha ido facilitando el emerger de una

visión global e integradora, unas relaciones de producción solidarias, así como una organización abierta a todos y todas, basada en la comunicación, la confianza e identidad con el proceso transformador.

Para nosotros ha sido fundamental el darnos la oportunidad de reflexionar permanentemente, confiados en que una reflexión profunda y sincera nos lleva a cuestionar muchos de los deseos adquiridos socialmente y a encontrarnos con relaciones de respeto y confianza, en fin, con el bienestar.

Pareciera, entonces, que no se trata de producir un hombre o mujer nueva, sino de abrirnos a la posibilidad de encontrarnos con esos deseos por convivir en unas relaciones armónicas con el entorno, emociones estas que forman parte de nuestra esencia humana.

El problema, por supuesto, se encuentra en que esta reflexión no se puede imponer. Debe partir de cada persona el desear darse la oportunidad de cuestionar si sus deseos actuales lo llevan al bienestar. Por lo tanto, se trata de un proceso muy lejos de la perfección, con muchos tropiezos, pero tropiezos que, si estamos atentos y dispuestos, se convierten en una maravillosa fuente para la reflexión.